

griegos muy bien avezados á la guerra, pues eran en su mayor parte soldados de Atenas, de Tebas y de Lacedemonia.

Con este ejército marchó Ciro decididamente al encuentro de su hermano. En Cunaxa se encontraron los dos ejércitos; la batalla fué muy sangrienta, y todas las ventajas estaban de parte de Ciro, cuando un dardo atravesó la cara del valiente guerrero, que cayó muerto en medio de sus compañeros. Esto desconcertó á sus tropas; á la confusion siguió el desorden, y una intrépida carga que en aquellos momentos dió la caballería del rey, decidió la jornada en su favor. En los momentos de la batalla, los griegos, al mando del espartano Clearco, perseguian á los bárbaros que tenian á su frente, despues de haberlos derrotado; pero supieron que las tropas del rey estaban pillando sus tiendas, y dieron media vuelta arrollando cuantas tropas se les ponian al paso, para reconquistar su campo, en el cual pernoctaron.

Al dia siguiente se les anunció que Ciro habia sido muerto en el combate; que la batalla estaba perdida, y que Ario, su aliado, y comandante de las tropas del Asia Menor, los aguardaba á cierta distancia para emprender juntos la retirada á Jonia.

Poco despues llegó un griego á proponerles, á nombre de Artajerjes, que reconocieran la ley del vencedor y rindieran las armas. *¡Que vengan á tomarlas!* le respondieron, como Leonidas en las

Termópilas. Despues se pusieron en marcha, y en la misma noche se incorporaron con Ario. Tanto ellos como este y sus principales oficiales juraron no traicionarse y permanecer siempre fieles aliados; los bárbaros juraron ademas, que guiarian lealmente á los griegos. El juramento fué precedido del sacrificio de un jabalí, un toro, un lobo y un carnero, y espadas y picas fueron empapadas en la sangre de las víctimas vertida préviamente en un escudo. En seguida se deliberó sobre el camino que debia seguirse para alcanzar el mar, no decidiéndose á volver por el mismo que habian traido, tanto porque se componia de lugares inhabitados, cuanto porque era muy difícil procurarse víveres, perseguidos como estaban por fuerzas superiores. Decidieron al fin dirigirse hácia la Paflagonia, y al instante se pusieron en marcha; pero en pequeñas jornadas para tener tiempo de hacer sus requisiciones.

Instruido Artajerjes de su retirada, se apresuró á perseguirlos á la cabeza de todas sus tropas. Pronto los alcanzó, pero á la vista de sesenta mil asiáticos formados en batalla y sostenidos por aquellos trece mil griegos todavía intactos, que en las largas luchas de la guerra del Poloponeso en que tomaron parte habian adquirido en ciencia militar una gran superioridad, creyó seria imprudente probar de nuevo la suerte de las armas, y entabló negociaciones. Tisafermo fué á nombre de Artajerjes á preguntar á los

griegos por qué habian tomado las armas en su contra.

« No nos hemos reunido, respondió Clearco, para hacer la guerra al rey, y no marchábamos contra él; pero como tú bien lo sabes, Ciro imaginó diferentes pretextos para conducirnos hasta aquí. Cuando le vimos en peligro, no podíamos, sin ruborizarnos á la faz de los dioses y de los hombres, pensar en traicionarle cuando ántes nos habíamos dejado colmar de beneficios. Ahora que ha muerto, no disputamos al rey su poder, ni tenemos motivo para destrozar su país ni para atentar á su vida; solo pensamos en volver á nuestra patria si nadie nos inquieta; pero si alguien nos injuria sabremos defendernos con el auxilio de los dioses; si, por el contrario, se nos hace bien, haremos todo lo posible para no ser vendidos en generosidad. »

A consecuencia de esta entrevista se concluyó una tregua de tres dias, conviniendo en seguida en los artículos siguientes :

El rey se comprometerá á dejar libre paso por sus estados á las tropas que se retiran; á proporcionarles guias que las conduzcan hasta el mar, y á suministrarles víveres, durante el camino, que serán pagados por sus justos precios. Clearco y Ario, por su parte, á nombre de los suyos, se comprometieron á no causar daño alguno en los países que atravesaran.

Estipuladas estas condiciones, regresó el rey con

su ejército á Babilonia, y los confederados aguardaron mas de veinte dias á Tisafermo que debia ir á incorporárseles para llevarlos á Grecia y volver en seguida á ocupar el gobierno de Ciro que Artajerjes le habia confiado.

Artajerjes renunció á su venganza con un vivo sentimiento; visto lo cual por Tisafermo, que comprendió cuán resentido estaba de los griegos porque habian secundado los proyectos de Ciro, le prometió hacerlos perecer á todos si le permitia llevar fuerzas suficientes, y el perdon de Ario, á quien habia cohechado durante las conferencias, y que debia ayudarle á sorprender á los griegos durante la marcha. El rey acogió gustoso la proposicion y Tisafermo fué á incorporarse á Clearco, poniéndose todos en marcha.

Ario, á la cabeza del ejército de bárbaros que habia pertenecido á Ciro, acompañaba á Tisafermo y acampaba á su lado. Los griegos, bajo la direccion de sus guias, y llenos de justa desconfianza, marchaban separadamente. En tres jornadas alcanzaron á la frontera de la Media, que pasaron, llegando á Jabate donde hicieron alto. Hacia varios dias que algunas noticias secretas recibidas por los griegos les inspiraban sospechas respecto de los designios de los bárbaros. Clearco creyó deber aprovechar aquel tiempo de reposo para hacer cesar hasta donde fuese posible un estado de desconfianza que podia degenerar en una guerra abierta. Fué á ver á Tisafermo, y engañado por aquel sátrapa que afectaba los mas

generosos sentimientos, decidió á otros cuatro generales á acompañarle al campo de los persas, con veinte oficiales mas y doscientos soldados que los escoltasen con el pretexto de ir á buscar víveres, pretendiendo que una vez convencidos de las intenciones pacíficas y de la buena fé de su guia, le ayudaran á restablecer la armonía entre los dos ejércitos. A su llegada, los cinco jefes griegos fueron introducidos á la presencia de Tisafermo, y poco despues se izó una bandera roja en su tienda; á esta señal, fueron arrestados Clearco y sus cuatro colegas, mientras que asesinos pagados por Tisafermo degollaban á los oficiales que habian permanecido afuera, y los soldados eran muertos igualmente por gente apostada para el efecto. Solo uno escapó, y herido como estaba, voló al campo griego á participar lo que sucedia en el de los persas. A esta noticia, los soldados, poseidos de espanto, corrieron en desorden á tomar las armas, presumiendo que su campo iba á ser asaltado por todos los bárbaros reunidos; pero no vieron llegar mas que al traidor Ario con dos amigos de Ciro, Artabazes y Mitridates á la cabeza de cerca de trescientos persas. Luego que pudo hacerse escuchar manifestó á los griegos que convencido Clearco de haber faltado á sus juramentos habia sufrido el castigo que merecia, y les intimó entregasen sus armas al rey, puesto que habian pertenecido á Ciro su esclavo.

Tisafermo esperaba sin duda que semejante de-

mostracion bastaria para apoderarse de los griegos sorprendidos y sin sus principales jefes; pero se equivocó. Entre tanto los cinco generales griegos, cargados de cadenas, fueron enviados al rey Artajerjes que los hizo morir. La historia ha conservado sus nombres; ademas de Clearco, eran Projenio, de Beocia, Menon, de Tesalia, Agio, de Arcadia, y Sócrates, de Acaya.

Privados los griegos de sus principales jefes se encontraban en graves dificultades; rodeados de naciones enemigas, sin víveres, sin guías y sin caballería, á mas de diez mil estadios (1) de la Grecia, no sabian qué partido tomar. Pero habia en el ejército un ateniense llamado Xenofonte, que no iba en él ni como general, ni como oficial, ni como soldado. Projenio, á quien estaba ligado con los lazos de la hospitalidad, le habia comprometido á ir á su lado, ofreciéndole obtener para él los favores de Ciro.

Conmovido al ver los peligros que rodean á sus compañeros, llama desde luego á los oficiales de Projenio, manifestándoles que el único medio de salvacion consiste en hacer con audacia frente á la tempestad.

A su voz recorren todo el ejército, y llaman á gritos á los generales que les quedaban, y en su defecto á los tenientes y demas oficiales que no habian sucumbido. Invitado Xenofonte á tomar la pala-

(1) Un estadio se compone de ciento veinticinco pasos geométricos.

bra luego que estuvieron reunidos, les hizo una pintura fiel de la situación, que era, sin duda, difícil, pero no desesperada, puesto que tenían de su parte su valor, la justicia de su causa y los dioses vengadores de la fé violada. Estas palabras reanimaron el comun ardor; fueron escogidos nuevos jefes; Timacion el dardanio sucedió á Clearco; Jantiques de Acaya á Sócrates, Cleanor de Orcomena á Agio, Filesio de Acaya á Menon, y Xenofonte el ateniense á Projenio. En seguida, y á propuesta de Xenofonte, se decidió que Quirisofa, en su calidad de lacedemonio, mandaría el frente, confiándose los flancos á los dos mas antiguos generales. En cuanto á Timacion y Xenofonte, como los mas jóvenes, quedaban á la retaguardia. « Ahora, exclamó el amigo de Projenio, partamos y ejecutemos nuestros designios; que aquel de entre vosotros que quiera volver al seno de su familia combata con valor, porque tal es el único medio de lograrlo; y el que ame la vida, procure vencer, porque el vencedor dá la muerte y el vencido la recibe. » Hablando así, se cubrió con las mejores armas que se pudo proporcionar.

Antes de emprender la marcha fueron quemados carros, tiendas, y todo lo supérfluo de los equipajes. La vista del incendio advirtió á Tisafermo que los griegos habian tomado algun partido desesperado, y en consecuencia, envió á Mitridates para informarse.

« Hemos resuelto, le respondió Quirisofa á nom-

bre de sus colegas, que si se nos deja volver á nuestra patria no haremos mal alguno á los países que atravesemos; pero que si alguien se nos opone, nos abriremos paso con las armas en la mano. »

Mitridates procuró disuadirlos, pero los griegos insistieron, pasaron el Jabate, y se pusieron en camino, llevando las bestias de carga y todo lo que los acompañaba en el centro del batallon cuadrado.

Tisafermo los siguió, pero sin atreverse á atacarlos de frente temiendo la bravura y el ciego furor que podian oponerle aquellos hombres reducidos á la desesperacion.

Bien pronto fueron hostilizados por Mitridates, su antiguo amigo, á quien Tisafermo queria hacer comprar su perdon; y en la primera escaramuza en que Xenofonte se dejó llevar de su ardor, comprendió la necesidad de formar cuerpos de honderos y de caballería. Los organizó al momento lo mejor que pudo, y el mismo dia, en un nuevo combate, sacó buen partido de ellos é hizo huir á Mitridates.

Llegaron en seguida por las riberas del Tigris, á las ciudades grandes, pero entónces deshabitadas de Larisa y Mespila, cuyos muros tenían cien piés de altura y cincuenta de ancho. Algunos dias despues, teniendo que atravesar un llano seguidos de Tisafermo, que los hostilizaba sin descanso, tuvieron que cambiar el órden que hasta entónces habian seguido en su marcha. Con este motivo, el mismo

Xenofonte entra en algunas importantes consideraciones.

« Los griegos, dice el citado general, pudieron convencerse de que el cuadro era un mal orden de marcha para un ejército que llevaba sobre sus huellas al enemigo; porque estrechándose las alas, ya sea en un camino angosto ó ya en una garganta de montaña ó en el paso de un puente, es preciso que los oplites se apiñen, marchando con dificultad, amontonándose y confundiéndose hasta perder su formación, en cuyo caso no pueden prestar sus servicios.

« Cuando se abren despues las alas para tomar sus distancias, es de todo punto preciso que á consecuencia de este movimiento contrario se haga un claro entre ellas, apoderándose entónces el desaliento de los soldados que se ven en posición semejante con el enemigo á retaguardia. En fin, cuando se tiene que atravesar un puente ó un desfiladero, apresurándose cada cual para llegar primero, ofrece una probabilidad mas de buen éxito á la carga del enemigo.

« Reconocido tal inconveniente, decidieron marchar en dos columnas, formando un largo cuadro y organizando un cuerpo particular de seis compañías de á cien hombres poco mas ó menos. Cada una de ellas se dividia en dos fracciones de á cincuenta hombres y á su vez se dividian estas en otras dos de á veinticinco. Estos diferentes grupos recibieron sus

jefes que se denominaron *Lochagos*, *Penteconteros* y *Enomotarcos*.

« Cuando las cabezas de columna tenían que aproximarse, no seguían el movimiento las seis compañías, sino que formaban en batalla, frente á retaguardia para proteger la maniobra general. Y cuando las dos columnas tomaban sus distancias por medio de un movimiento oblicuo, la retaguardia iba á llenar el claro que dejaban, formando por compañías, secciones y pelotones, segun que dicho claro era mas ó menos considerable. Si se tenía que pasar un puente ó desfiladero ocupado por el enemigo, el desorden era imposible; las seis compañías que componían entónces la vanguardia, franqueaban el paso, y si había necesidad de formar la falange lo hacían, mientras que el resto del ejército operaba su movimiento. »

Cinco días despues llegaron los griegos á un país cubierto de una larga série de colinas elevadas, de donde tuvieron que desemboscar al enemigo, que se les había adelantado en ocuparlas y descargaba sobre ellos una lluvia de dardos, piedras y flechas. Cansados al fin los bárbaros de perseguirlos sin lograr derrotarlos, intentaron un último esfuerzo. Partieron durante la noche haciendo creer á los griegos que ya renunciaban á la persecución, y fueron á aguardarlos á dos jornadas de distancia, sobre la cresta de una montaña que dominaba la única senda que conducía al valle del Tigris. Xenofonte los rechazó